

## LA NACIONALIZACIÓN ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX. UN NUEVO BALANCE

Xavier Andreu Miralles

A las puertas del último fin de siglo, los estudios sobre el proceso de nacionalización española no eran sino “oasis en el desierto”. Desde entonces, sin embargo, han aumentado exponencialmente. Donde había un desierto se levanta ahora un tupido y espeso bosque que hace que cualquier balance historiográfico resulte una ardua y, probablemente, injusta tarea<sup>1</sup>. La multitud de trabajos que han abordado el estudio de la nación y los nacionalismos españoles en los últimos años resulta apabullante. No obstante, y precisamente por ello, trazar las coordenadas básicas de toda esta producción académica, señalar cuáles son los debates de fondo y en qué lugar se encuentran, resulta ahora más necesario que nunca.

1. La expresión en X.M. Núñez Seixas, *Los oasis en el desierto. Perspectivas historiográficas sobre el nacionalismo español*, en “Bulletin d’histoire contemporaine de l’Espagne”, 1997, n. 26, pp. 483-533. Otros balances posteriores que permiten calibrar este aumento progresivo en F. Molina, *Modernidad e identidad nacional. El nacionalismo español del siglo XIX y su historiografía*, en “Historia Social”, 2005, n. 52, pp. 147-171; X.M. Núñez Seixas, *De impuras naciones: historiografía reciente y cuestión nacional en España*, en “Alcores”, 2007, n. 4, pp. 211-239; F.J. Capístegui, *La nacionalización de las masas y la historia del nacionalismo español*, en “Ayer”, 2014, n. 94, pp. 257-270. Sobre la “ausencia” hasta época reciente de estudios sobre el nacionalismo español (que no de la nación española como marco del relato historiográfico) y el por qué de su eclosión desde los años Noventa, F. Archilés, *Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea*, en I. Saz y Id. (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 245-330.

*La nacionalización española a debate*

El eje sobre el que ha pivotado la mayor parte de esta producción historiográfica ha sido, sin duda, el de la discusión de la llamada «tesis de la débil nacionalización». Esta discusión ha permitido centrar el debate e introducir y consolidar en España una serie de consensos internacionales sobre las identidades nacionales, en especial su carácter construido y la importancia de las prácticas y los mecanismos culturales<sup>2</sup>.

No es necesario aquí reproducir *in extenso* una tesis bien conocida, pero sí recordar las líneas maestras sobre las que se erige, dada su influencia para la mayor parte de las investigaciones de las últimas décadas y, en especial, para las que han abordado el estudio del proceso de nacionalización española del siglo XIX. A principios de los Noventa, Borja de Riquer se preguntaba por las razones que habían hecho posible que a finales de aquél siglo surgiese en Cataluña un proyecto nacional alternativo al español. La respuesta la encontró en la incapacidad del Estado liberal decimonónico para construir una identidad nacional. España había fallado como nación en el siglo de las naciones. De las cenizas del 1898, leído como la prueba incontestable de dicho fracaso, habrían surgido nuevos proyectos nacionales, estos sí exitosos, que marcarían el devenir del nuevo siglo.

Riquer propuso una serie de claves explicativas de la «debilidad» del nacionalismo español decimonónico: la existencia en España de un Estado frágil, nacido de una revolución liberal igualmente limitada, aquejado de problemas financieros y que tuvo que hacer frente a guerras civiles de funestas consecuencias. Un Estado incapaz de consolidarse y de llevar a cabo la tarea nacionalizadora que se le suponía: la educación universal y obligatoria se introdujo tarde y dispuso siempre de pocos recursos, además de estar bajo los auspicios de la Iglesia; el ejército no nacionalizó, ya que un sistema de quintas injusto incrementó la desafección de los ciudadanos hacia el Estado y sus instituciones; por último, el Estado fue incapaz de fabricar y difundir una serie de símbolos nacionales que fuesen aceptados por todos los españoles.

Existía además un problema aún mayor: no solo se argumentaba que el Estado no había dispuesto de los recursos o la estabilidad necesarios para construir la nación, sino que además parecía haber hecho dejación de ello. El sistema político que había puesto en marcha el liberalismo español era un sistema oligárquico y caciquil, alejado de las clases populares y reacio a movilizarlas. Por su parte, éstas no habrían tenido tampoco ningún interés en un Estado que no era para ellas sino una fuente de problemas. Para

2. Un recorrido reciente por los principales debates en el estudio de las naciones, en U. Özkirimli, *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*, New York, Palgrave, 2010.

la mayoría de la población española, la nacional no habría sido una identidad relevante. Pesaban mucho más las viejas lealtades locales o étnicas, con sus lenguas y memorias propias. Pero, sobre todo, pesaba la religión católica, enemiga de la política moderna y contraria en ella misma a los procesos nacionalizadores. No fue sino ya muy avanzado el siglo cuando algunos sectores antiliberales aceptaron la *nación*, aunque identificándola y subordinándola al *catolicismo*.

Esta tesis, bosquejada aquí a grandes rasgos, era ampliamente aceptada por la mayoría de los especialistas a finales de los Noventa<sup>3</sup>. Su consolidación definitiva vino de la mano, sin embargo, de José Álvarez Junco y su exitosa *Mater dolorosa*. En ella, su autor situaba el caso español en el marco del debate internacional sobre la modernidad de las naciones, por la que apostaba decididamente, y recorría en un amplio estudio la forma en que había sido “imaginada” España a lo largo del siglo XIX. A pesar de que su trabajo ponía de manifiesto la centralidad que la nación había ocupado en la esfera pública española durante toda la centuria, las conclusiones de Álvarez Junco eran coincidentes, en líneas generales, con los presupuestos de la tesis de Borja de Riquer<sup>4</sup>.

Los contemporaneístas, en su mayoría, aceptaron con Riquer y Álvarez Junco el salto cualitativo que supuso la revolución liberal, que implicó la unión efectiva del sentimiento de pertenencia a una comunidad histórica con el origen y el ejercicio de la soberanía. Ahora bien, algunos autores no estaban de acuerdo con la interpretación que del siglo XIX ofrecía la tesis de la débil nacionalización. Juan Sisinio Pérez Garzón, por ejemplo, consideró, partiendo de una interpretación marxista de las naciones y del nacionalismo, que no se valoraba justamente el éxito del Estado liberal-burgués en la consecución de la unidad política y en la aparición de un mercado nacional<sup>5</sup>. Andrés de Blas señaló que los partidarios de la tesis de la débil nacionalización olvidaban la importante tradición del nacionalismo liberal que había recorrido todo el siglo y que se proyectaría en el siguiente<sup>6</sup>. Por

3. B. de Riquer, *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Vic, Eumo, 2000; J. Álvarez Junco, *La nación en duda*, en J. Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 405-475; X.M. Núñez Seixas, *Los nacionalismos en la España contemporánea (siglos XIX y XX)*, Barcelona, Hipótesis, 1999; C.P. Boyd, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000.

4. J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

5. J.S. Pérez Garzón, *El nacionalismo español, de las Cortes de Cádiz al 98*, en A. Morales (ed.), *Los 98 ibéricos y el mar*, Salamanca, Fundación Tabacalera, 1998, vol. III, pp. 217-234.

6. Este autor venía defendiendo sus propuestas desde hacía años: A. de Blas, *Sobre el nacionalismo español*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989. Las hizo suyas

su parte, Antonio Morales defendía desde una propuesta cercana a la de Anthony D. Smith que la nación española, en tanto que cúmulo de mitos y memoria histórica, se había ido configurando a lo largo de los siglos, aunque situaba la aparición de una moderna conciencia nacional a finales del siglo XVIII. Eso sí, durante el siguiente la nación española estaría ya plenamente consolidada<sup>7</sup>.

Con todo, la crítica más profunda y sistemática a la tesis de la débil nacionalización la formularon Manuel Martí y Ferran Archilés. Estos autores partían de una reconsideración radical de la trascendencia de la revolución liberal española, desde la que se venía insistiendo en que el Estado liberal no fue tan débil como se suponía: fue capaz de transformar las estructuras sociales, políticas y económicas del Antiguo Régimen; y lo hizo en nombre de la nación soberana<sup>8</sup>. Al plantear el problema desde una perspectiva comparada, estos autores cuestionaron además la relevancia, casi exclusiva, que atribuían los partidarios de la tesis de la débil nacionalización al Estado en la construcción de las identidades nacionales. Recordaron que no fue hasta las últimas décadas del siglo XIX cuando los Estados nacionales se aprestaron con urgencia a nacionalizar a las masas, también en Francia. Para conocer el alcance del proceso de nacionalización se hacía necesario atender a mecanismos informales, no estatales, como la aparición de una esfera pública y una cultura nacionales o la politización de la sociedad española en el proceso revolucionario<sup>9</sup>.

Martí y Archilés cuestionaron además, junto con otros autores, uno de los pilares básicos de la tesis de la débil nacionalización: la pervivencia de identidades locales y regionales “premodernas” en la España decimonóni-

también I. Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997. Esta idea estructura también muchos de los estudios reunidos en A. Morales, J.P. Fusi y A. de Blas (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013.

7. A. Morales, *Estado y Nación en la España contemporánea*, en “Ayer”, 2000, n. 37, pp. 232-269. Este autor avanza en sus últimos escritos al siglo XVII el momento clave en la conformación de una conciencia nacional española: Id., *La nación española preconstitucional*, en Id., Fusi y de Blas (dirs.), *op. cit.*, pp. 129-165.

8. I. Burdiel, *Myths of Failure, Myths of Success. New Perspectives on Nineteenth-Century Spanish Liberalism*, en “The Journal of Modern History”, 1998, n. 70, pp. 892-912; J. Millán y M.C. Romeo, *Was the Liberal Revolution Important to Modern Spain? Political Cultures and Citizenship in Spanish History*, en “Social History”, 2004, n. 29/3, pp. 284-300; S. Calatayud, J. Millán y M.C. Romeo (eds.), *Estado y periferias en la España del siglo XIX. Nuevos enfoques*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2009, pp. 9-130.

9. M. Martí y F. Archilés, *La construcción de la Nación española durante el siglo XIX: logros y límites de la asimilación en el caso valenciano*, en “Ayer”, 1999, n. 35, pp. 171-190, y *Un país tan extraño como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea*, en M.C. Romeo y I. Saz (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2002, pp. 245-278.

ca. A principios de los Noventa, Josep Maria Fradera había discutido uno de los supuestos básicos de la historiografía catalanista, la del carácter moderno y progresista de una burguesía decimonónica que habría construido una identidad propia para el Principado frente a una España atrasada y arcaica. El historiador catalán destacó, contrariamente, el carácter conservador y católico de aquella burguesía que, en un contexto de enorme conflictividad social y violencia política, intentó definir y monopolizar una identidad catalana construida no contra España, sino contra sus propias clases populares. En este sentido, Fradera hablaba de la existencia en Cataluña de un «doble patriotismo» en el que la catalana y la española eran identidades concéntricas, no contradictorias. En una línea similar, Coro Rubio destacó que la «identidad vasca», tal y como fue construida en el siglo XIX, no fue percibida como incompatible con la española por las *élites* vascas del periodo. Por su parte, Xosé M. Núñez Seixas señaló que las identidades locales y regionales no podían conceptuarse como «supervivencias del pasado», sino que debían entenderse también como construcciones modernas, y que no eran necesariamente incompatibles con las identidades nacionales, sino paralelas y complementarias. Manuel Martí y Ferran Archilés plantearon, a partir del caso valenciano, que ambas identidades no solo no eran incompatibles, sino que la región había funcionado como un poderoso mecanismo de nacionalización en la España contemporánea<sup>10</sup>.

### *La débil nacionalización a examen*

En la última década los investigadores han ido poniendo a prueba las propuestas de la tesis de la débil nacionalización y las de sus críticos. En general se observa una atención cada vez mayor hacia los debates internacionales, lo que favorece el estudio comparativo, así como una tendencia a primar las perspectivas culturales.

Sin duda, uno de los temas estrella de estos años ha sido el relativo a la relación entre las identidades locales, regionales y nacionales. La biblio-

10. J.M. Fradera, *Cultura nacional en una societat dividida: patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868)*, Barcelona, Curial, 1992; C. Rubio, *La identidad vasca en el siglo XIX. Discursos y agentes sociales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003; X.M. Núñez Seixas, *The Region as Essence of the Fatherland. Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840-1936)*, en "European History Quarterly", 2001, n. 31/4, pp. 483-518; F. Archilés y M. Martí, *Ethnicity, Region and Nation. Valencian Identity and the Spanish Nation-State*, en "Ethnic and Racial Studies", 2001, n. 24/5, pp. 779-797. Estos autores incorporaron al debate a una serie de referencias internacionales (Celia Applegate, Anne-Marie Thiesse, Alon Confino, Heinz-Gerhard Haupt o Charlotte Tacke) que estaban entonces planteando que la centralidad de lo local o lo regional había sido la norma también en otros países, como Francia o Alemania.

grafía al respecto es ya extensísima y existe un cierto consenso sobre su compatibilidad y, con matices entre unos y otros autores, sobre su dimensión nacionalizadora. Numerosos estudios generales y de caso han venido a confirmar que para entender la nacionalización española es necesario atender a los contextos locales y regionales, así como a la geografía variable de la relación entre los territorios<sup>11</sup>.

Otra de las cuestiones que ha generado mucho interés entre los investigadores ha sido la de los símbolos y las políticas del pasado, en un contexto de cuestionamiento de la función social de la historia y de problematización de sus relaciones con la memoria. En sus pioneros trabajos sobre estos temas, Carlos Serrano se ajustaba a las conclusiones de la tesis de la débil nacionalización: escasos esfuerzos por parte del Estado y poco arraigo en la conciencia de los españoles, debido a la imposibilidad de alcanzar un consenso prescrito como necesario. Estudios posteriores, partiendo inicialmente de esta misma línea interpretativa, la han ido matizando progresivamente<sup>12</sup>. En primer lugar, se ha puesto de manifiesto, nuevamente, que el caso español no fue en absoluto excepcional en relación con Europa. Los problemas a la hora de consensuar los símbolos nacionales oficiales habrían sido comunes a otros muchos países, incluida Francia. Por otra parte, en España se podía detectar desde las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del XX una fiebre conmemorativa acorde con lo que ocurría entonces en el resto del continente. En tercer lugar, se destacó que las políticas de memoria emprendidas desde el ámbito local o regional debían interpretarse también como prácticas nacionalizadoras, y se empezó a valorar el protagonismo de la sociedad civil (y no solo del Estado) en este tipo

11. Entre muchos otros trabajos, pueden citarse: F. Archilés y M. Martí, *La construcció de la regió coma mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola*, en "Afers", 2004, n. 48, pp. 265-308; F. Molina, *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005; X.M. Núñez Seixas (ed.), *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*, monográfico de "Ayer", 2006, n. 64; C. Forcadell y M.C. Romeo (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2006; J.R. Segarra, *El reverso de la nación. 'Provincialismo' e 'independencia' durante la revolución liberal*, en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 59-82; E. Storm, *The Culture of Regionalism. Art, Architecture and International Exhibitions in France, Germany and Spain, 1890-1939*, Manchester, Manchester University Press, 2010.

12. De nuevo, la bibliografía sobre esta cuestión es muy extensa, por lo que me limito a destacar solo algunos trabajos que resultaron especialmente significativos: C. Serrano, *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus, 1999; S. Michonneau, *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vic, Eumo, 2002; C. Demange, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons, 2004; S. Michonneau (ed.), *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007.

de actividades. Por último, se puso de relieve que las disputas por los símbolos no cuestionaban la *nación*, sino que en todo caso lo que venían a demostrar era la importancia que tenía ésta para los diversos actores políticos, que pugnaban por apropiarse de su significado.

Aunque se le han dedicado menos trabajos, el análisis de la capacidad nacionalizadora del Estado liberal decimonónico en otros ámbitos ha suscitado también la atención de los especialistas<sup>13</sup>. Frente a las consideraciones de los defensores de la tesis de la débil nacionalización, que parten de un Estado débil y oligárquico, con poca voluntad y capacidad integradora de amplios sectores de la población, Salvador Calatayud, Jesús Millán y M<sup>a</sup> Cruz Romeo han destacado cómo, por el contrario, la nación consiguió los apoyos sociales necesarios en su empresa de derribo del Antiguo Régimen y de edificación del nuevo Estado liberal. Estos autores subrayan las grandes transformaciones sociales, políticas y económicas que implicó la revolución liberal, que fue además acompañada de una gran politización social y que generó nuevas lealtades hacia un Estado liberal que fue clave en la movilidad social de aquellas décadas, en la transformación social y económica y en la integración del mercado nacional<sup>14</sup>.

Estos autores señalan también la necesidad de situar las carencias del sistema educativo español del siglo XIX en sus justos límites. Al fin y al cabo, fueron los liberales quienes pusieron en marcha este sistema y, aunque otorgaron un papel destacado a la Iglesia, la subordinaron siempre al Estado. En cualquier caso, la nacionalización desde la escuela no fue tomada realmente en serio por ninguno de los países occidentales hasta las últimas décadas del siglo. Para este periodo, M<sup>a</sup> del Mar del Pozo ha destacado el gran esfuerzo regeneracionista por introducir la nación en la escuela<sup>15</sup>. A todo ello cabe añadir que se ha puesto en duda también el papel jugado por la Iglesia. Por un lado porque, como se ha indicado, no es cierto su absoluto dominio sobre la educación en la España liberal<sup>16</sup> y, por el otro, porque como ha subrayado Maitane Ostolaza, la educación religiosa no te-

13. Para principios del siglo XX, sí contamos con el estudio pormenorizado de los proyectos nacionalizadores primorriveristas: A. Quiroga, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

14. S. Calatayud, J. Millán y M.C. Romeo, *El Estado en la configuración de la España contemporánea. Una revisión de los problemas historiográficos*, en Id. (eds.), *op. cit.*, pp. 9-130.

15. M.M. del Pozo, *Currículum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. Sobre la cuestión educativa y la nación, véase el balance de R. López Facal y M. Cabo, *Enseñanza primaria y nacionalización de la población española (1850-1931)*, en Id. (eds.), *De la idea a la identidad. Estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización. Estudios en homenaje a Justo Beramendi*, Granada, Comares, 2012, pp. 111-127.

16. Calatayud, Millán y Romeo, *op. cit.*, pp. 119-129.

nía por qué estar necesariamente reñida con un proyecto españolista, como muestra el caso de las escuelas católicas vascas de la Restauración<sup>17</sup>.

El último aspecto considerado clave en el proceso de nacionalización desde el Estado, el servicio militar, sigue careciendo de los estudios necesarios. No obstante, los trabajos de Félix Luengo sobre el País Vasco matizan o ponen en duda, también, algunos de los argumentos de la tesis de la débil nacionalización. Luengo advierte, en primer lugar, del peligro de identificar el rechazo al servicio militar, o incluso a un Estado percibido como injusto, con el rechazo a la nación o con la ausencia de sentimiento nacional. Por otro lado, destaca que, durante su estancia en filas, miles de vascos recibieron un discurso patriótico y un universo simbólico nacional que pudieron, posteriormente, trasladar a sus entornos locales y familiares, aunque es muy cauto a la hora de valorar la efectividad de dichos discursos. Este autor remarca también que el modelo de quintas español no difirió en exceso del resto de los europeos, con los que debe ser comparado<sup>18</sup>.

En lo que sí coinciden todos los investigadores es en señalar la importancia de los conflictos bélicos como mecanismos nacionalizadores. Los partidarios de la tesis de la débil nacionalización recuerdan el escaso número de conflictos de este tipo en los que participó España en el siglo XIX. Sin embargo, como en otros aspectos, los últimos trabajos tienden a matizar esta afirmación. Se subrayan, en este sentido, las diversas movilizaciones patrióticas que se produjeron durante la centuria (guerra antinapoléonica, conflictos coloniales de mediados de siglo, Guerra de Cuba). Aunque se debate sobre lo limitado de sus efectos en zonas rurales, se tiende a aceptar no solo que fueron importantes instrumentos nacionalizadores, sino que lo que probarían sería que la nacionalización de amplios sectores de la población estaba mucho más avanzada de lo que se consideraba anteriormente<sup>19</sup>. Fernando Molina ha destacado, por su parte, la función nacionalizadora que pudo tener la propia guerra civil carlista, en la que los diversos bandos en pugna articularon discursos patrióticos en los que el enemigo era extranjerizado<sup>20</sup>.

17. M. Ostolaza, *La Nación española en el País Vasco, 1857-1931: el papel de la escuela*, en L. Castells, A. Cajal y F. Molina (eds.), *El País Vasco y España. Identidades, Nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2007, pp. 163-184.

18. F. Luengo, *Servir a la patria. El servicio militar en las provincias vascas (1877-1931)*, Madrid, Maia Ediciones-Universidad del País Vasco, 2009.

19. M. Esteban y M.D. de la Calle (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2010, pp. 213-326; P. Gabriel, J. Pomés y F. Fernández Gómez (eds.), *España Res Publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*, Granada, Comares, 2013, pp. 176-262.

20. Molina, *La tierra del martirio...*, cit.



Con todo, y como he señalado anteriormente, los especialistas están de acuerdo en aceptar que, tal y como propusieron Manuel Martí y Ferran Archilés en su momento, los mecanismos informales o no estatales son decisivos para entender y valorar en su justa medida los procesos de nacionalización. Empezando, en primer lugar, por los que se derivan de la propia participación de los sujetos históricos en una vida política pensada progresivamente desde 1808 en términos “nacionales”. En este sentido, se ha destacado la gran politización de amplios sectores de la población española desde los inicios de la revolución liberal<sup>21</sup> y que el enfrentamiento entre diversas formas de pensar España y de organizar el Estado no prueba el fracaso del proceso nacionalizador español, sino que es más bien la norma. Como señala M<sup>a</sup> Cruz Romeo, al menos durante todo el siglo XIX, ninguna de las culturas políticas españolas puso en duda la nación. Más bien al contrario. Todas ellas, incluidas las antiliberales, intentaron identificarse con ella, especialmente los sectores situados más a la izquierda del espectro político, que apelaron recurrentemente a España como instancia movilizadora<sup>22</sup>. Así pues, las culturas políticas participaron también en la nacionalización de los españoles<sup>23</sup>.

Otro gran debate de los últimos años ha sido el que se pregunta por el significado de la Iglesia y, en general, de la religión católica, en el proceso de nacionalización. Los defensores de la tesis de la débil nacionalización parten de la consideración de que la Iglesia católica, enemiga acérrima de la nación revolucionaria, funcionó en España como freno a su consolidación. La nación, como la modernidad, fue patrimonio de los liberales, cuya capacidad de influencia social, como hemos visto, consideran muy limitada<sup>24</sup>. La primera consecuencia de este fenómeno sería que entre

21. J. Millán, *Las lecturas sociales del liberalismo y los inicios de la ciudadanía en España*, en R. Robledo, I. Castells y M.C. Romeo (eds.), *Orígenes del liberalismo. Universidad, política, economía*, Salamanca, Universidad de Salamanca/Junta de Castilla y León, 2003, pp. 205-220; X. Ramon Veiga, *La nación en concreto. Politización y nacionalización en espacios locales (Galicia, 1808-1898)*, en Gabriel, Pomés y Fernández Gómez (eds.), *op. cit.*, pp. 187-196; J. Roca, *Representar y celebrar el proceso de construcción nacional y Las plazas y la representación de la nación liberal, Barcelona 1820-1857*, *ivi*, pp. 3-9 y 11-23.

22. M.C. Romeo, *¿Y éstos en medio de la nación son por ventura esclavos? Liberalismo, nación y pueblo*, en “Alcores”, 2009, n. 7, pp. 13-37.

23. Para la España de la Restauración, véase F. Archilés y M. García Carrión, *En la sombra del Estado. Esfera pública nacional y homogeneización cultural en la España de la Restauración*, en “Historia Contemporánea”, 2012, n. 45, pp. 483-518.

24. Aunque partía de otros debates, la publicación en el año 2000 de *Revolución de nación*, de José María Portillo, donde afirmaba que en las Cortes de Cádiz se impuso una idea comunitarista de “nación católica” que ponía en duda la plena modernidad del liberalismo español, contribuyó a apuntalar este argumento: J.M. Portillo, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Polí-

la mayoría de la población (en especial entre las grandes masas rurales del país) la identidad predominante habría sido la católica “prenacional”, como se habría evidenciado en la movilización popular que acompañó a las guerras napoleónicas y, posteriormente, en el gran apoyo recibido por los movimientos carlistas. La derecha tradicionalista, dominante en el mundo rural a lo largo del siglo, se negó a aceptar la subordinación de la Iglesia al Estado. En la segunda mitad del siglo, el sector liderado por José Donoso Cortés optó incluso por hacer la guerra al concepto de nación, como la hizo al liberalismo. Con todo, desde los años Cuarenta autores como el filósofo cristiano Jaume Balmes plantearon la necesidad de conjugar nación y catolicismo en lo que sería el embrión del futuro nacionalcatolicismo. Eso sí, en esta propuesta, que sistematizó Marcelino Menéndez Pelayo ya en la Restauración, la nación no sería sino una máscara de lo que realmente ocupaba el centro del pensamiento político: la religión católica. La Iglesia se habría impuesto así a los intentos del Estado por doblegarla<sup>25</sup>.

Recientemente, esta interpretación ha sido puesta en entredicho. En primer lugar, los especialistas en la historia de la Iglesia española cuestionan el carácter excesivamente monolítico y reaccionario que se le atribuye a la institución. Por el contrario, se recuerda que la Corona consiguió ponerla bajo su control, en gran medida, ya durante el siglo XVIII y que, de hecho, buena parte de las jerarquías eclesiásticas participaron del movimiento ilustrado y acabaron formando parte de las *élites* afrancesadas o liberales tras la invasión napoleónica<sup>26</sup>. Muchos de los clérigos que participaron en la movilización antifrancesa, de hecho, difundieron desde los púlpitos mensajes claramente vinculados con las nuevas ideas sobre la soberanía nacional<sup>27</sup>. No se trata, tampoco, de negar la relevancia de importantes sectores de la Iglesia en la articulación de un bloque reaccionario y contrarrevolucionario desde las Cortes de Cádiz. Ni de cuestionar su oposición a la concepción nacional que acabaron haciendo suya los sectores liberales.

ticos y Constitucionales, 2000. Una discusión de su propuesta en M.C. Romeo, ‘*Nuestra antigua legislación constitucional*’, ¿modelo para los liberales de 1808-1814?, en P. Rújula y J. Canal (eds.), *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 75-104.

25. Álvarez Junco, *Mater dolorosa...*, cit., pp. 303-496. Una lectura “instrumental” de la nación por parte del catolicismo que contradecía de hecho la que era ya obra de referencia sobre el surgimiento del nacionalcatolicismo en España: A. Botti, *Cielo y dinero: el nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992. Una obra que había discutido, de hecho, el supuesto carácter arcaizante del nacionalcatolicismo decimonónico y señalado por el contrario su modernidad.

26. A. Artola, *De Madrid a Roma: la fidelidad del episcopado en España (1760-1833)*, Gijón, Trea, 2013.

27. S. Eastman, *Preaching Spanish Nationalism across the Hispanic Atlantic 1759-1823*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2012.

Ahora bien, no se puede magnificar su proyección sobre todo el siglo XIX, olvidando el peso del liberalismo, cuya capacidad insurreccional y movilizadora hizo caer definitivamente el Antiguo Régimen en el segundo tercio de la centuria y que erigió sobre sus restos el nuevo Estado-nación liberal. No debería exagerarse la difusión social del carlismo, ni confundir el liberalismo moderado (para el que la “nación” era una instancia fundamental de legitimación política) con los sectores tradicionalistas o reaccionarios, quienes no dejaron de tener un papel importante, pero secundario, a lo largo del siglo.

En buena medida, el problema deriva de aplicar una contraposición demasiado rígida y dicotómica entre la religión-*tradicional* y la nación-*moderna*, propia de muchas de las interpretaciones modernistas, según las cuales la segunda sucede *naturalmente* a la primera. Desde esta perspectiva se hace difícil entender la dimensión católica del liberalismo decimonónico, que tiende a concebirse como una rémora del pasado de la que desprenderse si se quiere alcanzar la verdadera modernidad (nacional). Los últimos estudios muestran, sin embargo, que nación y religión no son ni han sido elementos incompatibles, sino que fueron de la mano y se combinaron de formas diversas a lo largo de la contemporaneidad. El caso español sería también similar, en este punto, al de otros países europeos<sup>28</sup>. En este sentido, no se puede considerar sin más, tampoco, que el antiliberalismo articuló un discurso simplemente premoderno, completamente de espaldas al nuevo sujeto político nacional y a las nuevas corrientes románticas. Los últimos estudios sugieren que en el seno de este universo político, ya desde las mismas Cortes de Cádiz, se produjeron conexiones entre una determinada concepción de la nación (en tanto que sujeto político) y el catolicismo<sup>29</sup>. Por últi-

28. H.-G. Haupt, *Religión y nación en la Europa del siglo XIX: algunas consideraciones en perspectiva comparada*, en “Alcores”, 2006, n. 2, pp. 159-175. Un balance reciente para el siglo XIX español en J. Millán y M.C. Romeo, *La nación católica en el liberalismo. Las perspectivas sobre la unidad religiosa en la España liberal, 1808-1868*, en “Historia y Política” (en prensa); sobre el nacionalcatolicismo, J. Louzao, *Nación y catolicismo en la España contemporánea. Revisitando una interrelación histórica*, en “Ayer”, 2013, n. 90, pp. 65-89. Véase también F.J. Ramón, *La Virgen del Pilar dice...: usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 17-48. En los últimos años se ha avanzado mucho también en el estudio de esta relación en las primeras décadas del siglo XX: véanse C. Adagio, *Chiesa e nazione in Spagna. La dittatura di Primo de Rivera (1923-1930)*, Milano, Edizioni Unicopli, 2004; y A. Botti, F. Montero y A. Quiroga (eds.), *Católicos y patriotas. Religión y nación en la Europa de entreguerras*, Madrid, Sílex, 2013.

29. J. Varela Suanzes, *Los dos nacionalismos españoles durante el siglo XIX (a propósito de Mater dolorosa)*, en “Revista Española de Derecho Constitucional”, 2002, n. 65, pp. 359-379; B. Vilallonga, *La nación católica. Balmes y la representación de España en el ochocientos*, en “Historia Social”, 2012, n. 72, pp. 49-64. Jesús Millán señala, por ejemplo,

mo, se ha destacado la capacidad nacionalizadora tanto de la Iglesia como de las culturas políticas que se asociaron a ella<sup>30</sup>.

Respecto a otros mecanismos informales de nacionalización, como los que se derivan de la construcción de una cultura nacional, el debate ha sido menor. En buena medida, quizás, porque, como señaló el propio José Álvarez Junco, el mundo artístico e intelectual español estaba ya plenamente nacionalizado desde las décadas centrales del siglo XIX<sup>31</sup>. La historia intelectual ha venido a confirmar este aserto. La nación española fue una preocupación constante para políticos, filósofos, historiadores, artistas o científicos durante toda la edad contemporánea<sup>32</sup>.

En el debate sobre la nacionalización la cuestión radica, por tanto, no en la existencia de una “cultura nacional” en España desde aquellos momentos, sino en discernir hasta qué punto ésta se habría extendido más allá de un reducido círculo de intelectuales. Los partidarios de la tesis de la débil nacionalización dudan de la capacidad del nuevo Estado liberal para construir una esfera pública nacional que alcanzase a la mayor parte de sus ciudadanos, muchos de ellos, además, analfabetos. Aunque los datos sobre alfabetización o sobre edición y circulación de libros parecen confirmar esta tesis, los especialistas han tendido a relativizar también en este campo la supuesta «anormalidad» española y hablan, en todo caso, de un «atraso relativo», que no habría impedido articular en España una esfera pública plenamente nacionalizada desde la década de 1830. Asimismo, advierten sobre una concepción demasiado rígida del concepto de esfera pública que no incorpore, por ejemplo, la oralidad o los lenguajes visuales<sup>33</sup>. En resu-

la confluencia en el primer antiliberalismo español entre una idea de nación que se había ido forjando desde las últimas décadas del siglo XVIII (y que fue arrinconada en Cádiz por la nación liberal) y los planteamientos posrevolucionarios de Chateaubriand; J. Millán, *La nación desde el antiliberalismo. Patria y monarquía en Lluís M. de Moixó*, en “Alcores” (en prensa).

30. J. Louzao, *El Sagrado Corazón de Jesús como instrumento de nacionalización (c. 1898-1939). Breves notas para un estudio pendiente*, en Esteban y de la Calle (eds.), *op. cit.*, pp. 173-188; Javier Ramón, *op. cit.*

31. Álvarez Junco, *Mater dolorosa...*, *cit.*, pp. 185-302.

32. S. Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004. Uno de los temas que durante más tiempo ha captado el interés de los historiadores ha sido, precisamente, el de cómo se construyó y reconstruyó desde su gremio una “historia nacional” a lo largo del siglo XIX. Véanse, entre los trabajos más recientes, I. Peiró, *Cultura nacional y patriotismo español: culturas políticas, políticas del pasado e historiografía en la España contemporánea*, en M. Pérez Ledesma y M. Sierra (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-CSIC, 2010, pp. 331-365; J. Álvarez Junco (coord.), *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2013.

33. J.A. Martínez Martín (ed.), *Orígenes culturales de la sociedad liberal (España siglo XIX)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

men, la relación entre unos referentes culturales claramente nacionalizados y la mayoría de la población sería, especialmente en las áreas urbanas (aunque no exclusivamente), mucho más fluida y abierta de lo que en ocasiones se ha afirmado. En todo caso, así parece deducirse de los escasos estudios que se han dedicado al análisis, desde estas perspectivas, de la “cultura popular” del periodo: teatro, canción lírica, zarzuela, toros, literatura de cordel o poesía popular<sup>34</sup>. De lo que no parece haber duda es que en las últimas décadas del siglo las formas culturales de la nueva sociedad de masas estarían ya plenamente nacionalizadas<sup>35</sup>.

### *Balance y nuevas perspectivas*

El debate sobre la nacionalización española está siendo abordado hoy desde múltiples perspectivas. Aventurar un balance sigue siendo arriesgado. No obstante, puede convenirse en que muchos de los pilares básicos de la llamada tesis de la débil nacionalización han sido discutidos y matizados. La mayoría de los historiadores, incluso el propio José Álvarez Junco, han admitido que, en perspectiva comparada, es difícil afirmar sin más que la nacionalización española del siglo XIX fuera débil<sup>36</sup>. Existe una coincidencia en reconocer que a finales de esta centuria estaría muy avanzada. De hecho, se considera generalmente que la nación estaría muy presente en la esfera pública española desde mediados del XIX, aunque sigue discutiéndose su audiencia en las zonas rurales<sup>37</sup>. Dada la cantidad de proyectos

34. M. Salgues, *Teatro patriótico y nacionalismo en España: 1859-1900*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010; D. Castro, *Tipos y aires. Imágenes de lo español en la zarzuela a mediados del siglo XIX*, en “Ayer”, 2008, n. 72, pp. 57-82; X. Andreu, *De cómo los toros se convirtieron en fiesta nacional. Los “intelectuales” y la “cultura popular” (1790-1850)*, *ivi*, pp. 27-56 y A. Shubert, *A las cinco de la tarde. Una historia social del toreo*, Madrid, Turner, 2002; C. Alonso (ed.), *Creación musical, cultura popular y construcción nacional en la España contemporánea*, Madrid, ICCMU, 2010; J. Gomis, *El Pueblo y la Nación: España en la literatura de cordel del siglo XVIII*, en “Cuadernos de Historia Moderna. Anejos”, 2012, n. 11, pp. 49-72; M. Aizpuru, A. Delgado y M. Ostolaza, *Pueblo, política y nación en el País Vasco (1833-1936): una aproximación a través de los bertso-paperak*, en Esteban y de la Calle (eds.), *op. cit.*, pp. 329-353.

35. Archilés y García Carrión, *op. cit.* Una cultura popular nacionalizada de la que se nutriría desde principios del siglo XX el nuevo gran espectáculo de masas, el cine: M. García Carrión, *Lugares de entretenimiento, espacios para la nación: cine, cultura de masas y nacionalización en España (1900-1936)*, en “Ayer”, 2013, n. 90, pp. 115-137.

36. No obstante, este autor sigue viendo el vaso medio vacío: J. Álvarez Junco, *España: el debate sobre la nación*, en N. Townson (dir.), *¿Es España diferente? Una mirada comparativa (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 29-64.

37. J. Beramendi, *España y las naciones movilizadas*, en Á. Barrio y A. Garrido (dirs.),

de investigación que siguen en marcha, es indudable que nuestro conocimiento de esta cuestión mejorará aún más en los próximos años.

En muchos de los últimos trabajos se observa por otro lado la influencia de los planteamientos de Michael Billig y de otros autores que han subrayado los mecanismos informales (y a menudo inconscientes) de nacionalización, así como la dimensión cotidiana de la producción y reproducción de las identidades nacionales. Estos trabajos parten de la consideración de que los procesos de nacionalización no se dan de una vez y para siempre, sino que la nación necesita ser reificada constantemente, y tienden a considerar que para comprender el verdadero alcance del proceso de nacionalización son necesarias perspectivas “desde abajo” y que tengan en cuenta el carácter sincrónicamente múltiple de las diversas vías nacionalizadoras<sup>38</sup>.

A su vez, apuntan a reformular las preguntas que han guiado el análisis del proceso de nacionalización española. La mayoría de las investigaciones se han centrado, hasta ahora, en conocer hasta qué punto estaba presente la nación en el universo simbólico de los sujetos históricos (o hasta qué punto éstos eran capaces de acceder a ella), intuyendo, a partir de ahí, su posible grado de nacionalización<sup>39</sup>. Las respuestas que se han dado a esta pregunta nos han permitido avanzar: conocer hasta qué punto la *nación* estaba disponible como concepto o categoría para los sujetos históricos resulta significativo. No obstante, los últimos trabajos alertan del peligro de suponer que el papel de éstos en todo el proceso fuera completamente pasivo<sup>40</sup>. En lugar de ello, Fernando Molina propone, por ejemplo, atender a las dinámicas biográficas para aprehender de qué modo los individuos «personalizan la nación»<sup>41</sup>. Alejandro Quiroga aboga por estudiar integralmente todos los elementos que participan del proceso de nacionalización,

*Provincia, región y nación en la España contemporánea*, Santander, Publican, 2011, pp. 63-92.

38. F. Archilés, *¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c. 1920)*, en Moreno Luzón (ed.), *op. cit.*, pp. 127-151.

39. J.M. Fradera, *¿Cómo medir la nación? Una aproximación a algunos problemas de teoría a partir de los casos catalán y español*, en Á. García-Sanz (ed.), *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004, pp. 23-45.

40. M. Cabo, *Quelle nation dans les campagnes? État et Nation-building en Espagne, un débat ouvert*, en J.-L. Mayaud y L. Raphael (dirs.), *Histoire de l'Europe rurale contemporaine. Du village à l'État*, Paris, Armand Colin, 2006, pp. 222-248; Archilés, *¿Experiencias de nación? ...*, cit.; F. Molina, *¿Realmente la nación vino a los campesinos? Peasants into Frenchmen y el “debate Weber” en Francia y España*, en “Historia Social”, 2008, n. 62, pp. 79-102.

41. F. Molina, *La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional*, en “Ayer”, 2013, n. 90, pp. 39-63.

así como los diversos espacios o “esferas” en los que la nación es socializada e interiorizada, recordando, mediante la metáfora del «consumo de la nación», el papel que desempeñan los sujetos en todo el proceso<sup>42</sup>. Por su parte, Ferran Archilés plantea introducir en el estudio de la nación el rico debate historiográfico que sobre conceptos como «experiencia», «identidad» o «poder» se ha producido en la historia sociocultural de los últimos años, con el objeto de romper con viejas dicotomías y de incorporar también en el análisis a los sujetos y a su contexto<sup>43</sup>.

Así pues, lo que proponen es replantear cómo se ha estudiado generalmente todo el proceso. A menudo, por ejemplo, se ha considerado que la construcción de la nación española sería una especie de proceso lineal y acumulativo. Desde 1808 (o desde antes) se habría producido algo así como un progresivo precipitado de instancias nacionalizadoras que habrían ido llenando gota a gota la nación. Desde este punto de vista, la aparición en España de nacionalismos alternativos a finales del siglo XIX se explicaría porque la pila solo habría conseguido llenarse a medias. Las identidades, no obstante, son mucho más complejas y fluidas y en su construcción y reconstrucción, los sujetos cumplen un papel mucho más activo. Para empezar, son siempre múltiples e inestables y, a diferencia de lo que desearían muchos nacionalistas, no se adquieren de una vez y para siempre.

Como sostiene Roger Brubaker la nación no debe entenderse como una sustancia en desarrollo, sino como una categoría práctica, como una forma institucionalizada y como un acontecimiento contingente<sup>44</sup>. Desde un planteamiento de este tipo, los interrogantes se multiplican. Además del *cuándo*, debemos preguntarnos también por el *por qué* fue considerada central la nación (y *por quién*) en un momento dado, *cómo* fue invocada y *para qué*, *de qué modo* se combinó con el resto de identidades o *qué efectos* tuvo todo ello para los sujetos históricos<sup>45</sup>. En lugar de una pila de agua, podemos imaginar una gran partida de cartas, a la vez individual y colectiva, y jugada generación tras generación. Cada jugador recibe (que no simplemente elige) una mano diferente, como lo son sus circunstancias. Puede sentir un vínculo sentimental tremendo hacia algunas cartas preferidas, hasta el punto de estar dispuesto a perder la partida con tal de no desprenderse de ellas. Sus jugadas no son, pues, puramente “racionales”. Algunas

42. A. Quiroga, *La nacionalización en España. Una propuesta teórica*, *ivi*, pp. 17-38.

43. F. Archilés, *Lenguajes de nación. Las ‘experiencias de nación’ y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate*, *ivi*, pp. 91-114.

44. R. Brubaker, *Nationalism Reframed. Nationhood and the National Question in the New Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 1-22.

45. P. Duara, *Historicizing National Identity, or Who Imagines What and When*, en G. Eley y R.G. Suny (eds.), *Becoming National. A Reader*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 151-177.

tiradas, de hecho, a fuer de repetirlas, pueden convertirse en mecánicas e inconscientes. Con estas cartas, y con otras que le van siendo repartidas o que va cogiendo de la baraja, juega una partida siempre cambiante, anteponiendo unas a otras si las considera mejores o si le resultan más interesantes. En un momento dado, una carta puede adquirir a sus ojos un interés inusitado, como puede perderlo al cabo de unas tiradas. La evolución del juego puede llevarle, incluso, a sacrificar alguna que en principio le parecía intocable, y a apostar por otra que hasta entonces había considerado secundaria. Creo que esta metáfora puede resultar más útil para entender la aparición de los nacionalismos subestatales en España o el propio proceso de nacionalización española.

En definitiva, a lo que apuntan las nuevas perspectivas sobre los procesos de nacionalización es a rescatar la capacidad de acción de los sujetos históricos. También en lo que concierne al siglo XIX. En el fondo, a la hora de explicar cómo se construyó la nación española durante aquél siglo, parece seguir pesando entre muchos historiadores el paradigma del fracaso del proceso revolucionario y de la construcción del Estado liberal, concebido como una especie de pacto entre Corona y *élites* firmado a espaldas de la mayoría de la población. Se olvida con ello la función destacada que ejerció, en un proceso enormemente rupturista y violento, un radicalismo social que se movilizó en nombre de la nación (y que obligó incluso a sus enemigos a utilizar su mismo lenguaje político). Debe recordarse, en este sentido, que fue el Estado el que *fue nacionalizado*, como lo fueron la Corona o incluso la Iglesia. Lo que deberíamos intentar discernir es cómo se produjo dicho proceso: averiguar por qué los diversos actores sociales y políticos empezaron a reconocerse a sí mismos como partícipes de determinadas narrativas nacionales, puesto que no se trató de un proceso inevitable. A su vez, no debería sólo interesarnos hasta qué punto los lenguajes de la nación estaban disponibles para los sujetos históricos, sino también distinguir cómo entendió cada uno de ellos el horizonte común de la realización nacional y de qué modo pensaron y utilizaron la nación como categoría legitimadora de sus acciones y/o intereses en cada momento histórico. Desde este punto de vista, las explicaciones que miden el grado de nacionalización en función de la mayor o menor fortaleza del Estado liberal parecen insuficientes, al tiempo que ganan interés el estudio de los procesos de politización, del surgimiento y evolución de las culturas políticas, de las formas de la “cultura popular” o de la aparición de una esfera pública nacional. Desde todos estos ámbitos es posible reconstruir qué significó la nación para los sujetos históricos del pasado, sin dar por sentado, además, que fuera el elemento central a través del cual definieron y estructuraron sus vidas.